

á la Francia; pero queria concluir su obra grande, sin causar desordenes en su patria, no pudiendo prever las consecuencias de una revolucion tal como la fundacion de un estado, enteramente, republicano. Se contentó, por el momento, con apoderarse del poder ejecutivo, por sus comisiones; y de la fuerza armada, enviando comisarios á todos los departamentos, para recibir, el juramento, que se exigia á todos los oficiales, de ser fieles á los decretos de la asamblea nacional. Este juramento obligó, tambien, á los funcionarios publicos; y los comisarios de la asamblea tuvieron, ademas, la facultad de reemplazar, con los amigos de la revolucion, los que se negasen á prestarle.

Alejandro Lameth reclamó el juramento, mientras se tenia la sesion, de

todos los empleados publicos, miembros de la asamblea. Comprendió, tambien, en este número los caballeros de St. Luis, y todas las personas, que recibian sueldo, ó pension del gobierno. El lado izquierdo prestó el juramento, y el derecho sorprendido, é intimidado, no se atrevió á resistirse á la sumision.

De este modo los obispos, y los nobles quedáron enteramente pasivos: sin embargo, se ocupaban, mas que nunca, en sus proyectos de contrarevolucion, y la creian pronta, y fácil. Veian ya el rey á la cabeza de los extrangeros, y los emigrados, entrar en Paris, proclamar el antiguo régimen, y añadir nuevos favores á sus titulos antiguos, y privilegios. Apenas podian contener su alegria; pero la prudencia les fué mas necesaria, que nunca; lo conocieron,

y no se mezclaron en las discusiones de la asamblea. Sin embargo la atitud, y los escritos de los emigrados, aristócratas, manifestaron bastante cuales debian ser los transportes secretos de los de Paris. No hay loca demostracion de alegría, que no hiciesen resplandecer, ni tonta baladronada, que no se permitiesen celebrando de antemano el dia, en que la Francia exterior, sirviendome de sus expresiones, unida á las bayonetas extranjeras, viniese á sugetar á Paris, y restablecer el régimen antiguo. El conde de Artois, y el principe de Condé fueron á recibir los fugitivos, y solo encontraron al principe Luis, que les anunció la perdida de toda esperanza. Bouillé llegó inmediatamente, como tambien un tropel de caballeros, que, en las provincias, habian tenido la im-

prudencia de armarse, para defender sus privilegios, á la salida del rey. Los emigrados reconocieron al principe Luis, por su gefe: le exageraron sus fuerzas, y establecieron una especie de gobierno, que se preparó á caer sobre la Francia, á la cabeza de las falanges europeas, que le ofrecieron proteccion.

Se supo en Paris el arresto del rey, y la asamblea nombró á Barnave, Pétion, y Latour-Maubourg, para que fuesen á encontrarse con él; y velar por la seguridad de su persona. Se cerraron las barreras, temiendo que la multitud se agolpase al paso de Luis XVI, y soltase contra el su cólera.

Efectivamente, cuando supo el pueblo, que traian el rey, manifestó sus transportes de alegría, de furor y de odio; y cuantos monumentos retrazaban

su imagen, tantos fuéron despedazados. Los jacobinos, y los menores<sup>1</sup> pidieron la constitucion republicana. Se esperó con impaciencia la vuelta del ilustre cautivo, y la atitud de los Parisienses anunció, que era, para hacerle conocer, cruelmente, la caída de su poder.

Volvia, lentamente, hácia la capital, este rey sometido, demasiadamente, á caprichos diversos, y que sus mismos cortesanos habian arrojado á una perdicion cierta. El tropel de guardias nacionales de quien estaba rodeado; los labradores sobre sus bestias de carga, y sus carros, los obreros del campo, que, armados con los instrumentos de labor, se apresuraban á seguirle con el

<sup>1</sup> Nueva sociedad, que dominaban Danton, y Camilo Desmoulins, democratras exaltados.

aire del triunfo, las demostraciones de las menores autoridades de las Aldeas, y en fin todo lo que llamaba su atencion en este triste viage, debia probarle que no eran, solamente, unos pocos facciosos, y la capital, sino toda la Francia, y todas las clases de la sociedad, que amaban la libertad, y la constitucion, los que habia ofendido con su fuga; y debió convencerse, que era necesario ceder, francamente, á la borrasca, ó renunciar el derecho de reinar. En Epernay, se encontró con los tres diputados comisionados, y Barnave le leyó el decreto, de que era portador; el rey respondió agradecido, á la atencion, que le manifestaba la asamblea; protestó, que jamas habia tenido la intencion de dejar la Francia; que habia querido, unicamente, retirarse á Mont-

medy, para conocer mejor el deseo del pueblo, y que, lo que habia visto en el camino, le habia convencido de la necesidad de establecer la constitucion, y ser fiel á ella. Barnave, y Petion se colocaron en el coche del rey, y Latour-Maubourg se puso á la cabeza de la escolta. Luis XVI manifestó muchas atenciones á los comisionados; pero la reina afecto con ellos una altanería, que les desagradó, y sobre todo irritó á Petion que, bajo los exteriores mas frios, ocultaba una alma ardiente, y un gran fondo de fanatismo republicano; su sencillez, y su aspereza acrecentaron la cólera de la reina; pero la sensibilidad de Barnave la movió. Este jóven entusiasta, por la libertad, opuesto á la corte, y por consiguiente enemigo de los principes, por su posicion, se

enterneció, sin embargo, como toda alma sensible hubiera hecho en semejante ocasion, de la cruel situacion del rey, que faltas políticas, si tenia era muy recomandable, por sus virtudes particulares, y tuvo igual sentimiento por la reyna. Ofreció consuelos á esta desgraciada princesa, consejos al rey, y este momento de ternura influyó, bastante, en su conducta posterior, para reunirse á sus antiguos contrarios, afin de aliviar la suerte de Luis XVI, é interpretar la constitucion en su favor. Sin dejar la amistad del pueblo, la tuvo, tambien con el rey, y su generoso afecto suspendió, por algun tiempo las desgracias, que amenazan á un principe, cuyos infortunios hacen, que se perdone la debilidad.

El acompañamiento se acercaba á la 24 junio

capital, y la guardia nacional de Parisse fué á Bondy, para escoltar al rey, y los comisionados. Luis XVI supo, entónces, que le habia suspendido la asamblea, temporalmente, sus funciones; que le daban las Tullerías por prision, y que Lafayette debia velar por su seguridad; supo tambien, que tendria que responder á una comision, encargada de interrogarle, y que los complicés de su evasion serian arrestados. Estas noticias eran de siniestro presagio, pero la asamblea, no podia tomar una providencia menos rigurosa, sin decretar la anarquía. La efervescencia del pueblo era extremada, y si no se manifestaba de un modo mas vivo, era por la confianza, que tenia en sus representantes la nacion. Sin esta confianza, no puede concebirse, hasta que punto, hubiera llegado la cólera de

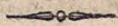
los Parisienses; y la recepcion, que hicieron al rey, prueba, bastante, el espíritu, que los animaba entónces; el silencio de la capital era mas temible, que las turbaciones; se veia que su ira se habia resentido, con mucha fuerza, y que era necesaria una resolucion grande, para satisfacerla.

Todo Paris estuvo desde la mañana, <sup>25 junio.</sup> sobre las armas; los baluartes, el jardin de las Tullerías, y las calles inmediatas, se llenaron de guardias nacionales, y un pueblo inmenso cuya alegría se hallaba sombría, la indignacion contenida. Se fijaron en varios puntos pasquines, que decian, «el que aplauda á Luis XVI sera apaleado, y el que lo insulte sera ahorcado.» Desfiláron numerosos destacamentos de la guardia nacional de Paris, anunciando la llegada

del rey; la milicia de Varennes, muchos obreros del campo y destacamentos de soldados nacionales de los departamentos, los acompañaban. El coche del rey venia detras, rodeado de muchos pelotones de hombres, armados; y la multitud miraba, tristemente, su real prisionero; todos los sombreros se hallaban en sus respectivas cabezas, y el pueblo, con la guardia nacional, hacian aun notar mas esta atitud hostil, interrumpiendo, de tiempo en tiempo, el silencio general, por estas palabras; *cálad bien vuestros sombreros pues va á presentarse delante de sus jueces!*... Drouet, que seguia al rey de alguna distancia, llamaba las aclamaciones del pueblo, y recibia ramos de laurel, y de encina. Saludaban tambien á los comisionados de la asamblea; pero Luis XVI no re-

cibia la menor señal de interes, y solo veia en todas las miradas la amenaza, y alguna otra cosa, que aflige mas aun. Los tres guardias de corps, que le habian acompañado, iban atados sobre el pescante del coche, y el monarca desgraciado aumentaba su dolor, con el temor de ver sacrificar, á su presencia, estos bravos: las escenas del 5 y 6 de octubre volvian á su memoria, y le llenaban de espanto; pero, afortunadamente, no se renovaron en este dia. El rey, y su familia llegaron á las Tullerias, que se habian convertido en una prision; y la guardia, que rodeaba sus personas, no estaba ya destinada á hacerles los honores, sino á impedirselos. Desde este dia se habituó el pueblo á pensar, que un gefe supremo no era necesario al estado; y este convencimiento, unido á

la idea de traicion, aneja al caracter de Luis XVI, y al vil papel, que se le habia hecho hacer, arrebató, sin remedio alguno, al descendiente de Enrique IV, el amor, y el respeto de la nacion.



**§ II. Revision de la constitucion. — Acontecimiento del Campo de Marte. — Fin de la sesion de la asamblea constituyente.**

La vuelta del rey fué una señal de nueva crisis, y todos los partidos se agitaron; los señores, y los prelados, sin atreverse á levantar, abiertamente, la voz, intrigaron, para sublevar los nobles de los departamentos, y apresurar la emigracion. Dos cientos noventa diputados del lado derecho extendieron

una protesta, contra los actos de la asamblea. « Permanecemos en Paris, decian, para defender la persona del rey; pero, en cualquiera otra circunstancia, creemos, de nuestro deber, abstenernos de tomar parte en los trabajos de una reunion de rebeldes. » Preparaban de este modo el manifiesto de los principes. Estas nuevas maniobras, que manifestaban á los constitucionales la imposibilidad de reconciliarse con sus enemigos, y las exageraciones de los demócratas, motivaron la reunion de todas las secciones de la mayoría. El partido de Barnave, y los Lameth se unio á los constitucionales de Lafayette, y, á excepcion de unos treinta de los miembros, ya fixados sobre las ideas de república, y proscripcion del rey, todos los diputados de influjo se juntaron á